

Cataluña mínima

Jordi Canal consigue explicar la historia de una comunidad histórica con normalidad, anteponiendo el rigor a la manipulación, en menos de trescientas páginas

Por Carlos Martínez Shaw

HISTORIA. EN ESTOS MOMENTOS de confusión que vivimos (con el 27 de septiembre a la vuelta de la esquina), hay que saludar el singular logro que supone entregarnos una completa y documentada historia de Cataluña en menos de trescientas páginas de formato reducido. Escrita por un historiador catalán vinculado a la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, el éxito consiste en algo que pudiera parecer muy simple: explicar la historia de una comunidad histórica con normalidad, anteponiendo el rigor a la manipulación y “la historia crítica a la historia pública”, una tarea semejante a la que hace unos meses llevara a cabo Roberto Fernández (el rector de la Universidad de Lleida) con su excelente monografía *Cataluña y el absolutismo borbónico. Historia y política* (Crítica, 2014), igualmente merecedora de la máxima divulgación.

La *Historia mínima* nos lleva de la mano a través de todos los hitos de la historia política, económica, social y cultural de Cataluña, desde los primeros tiempos hasta el pasado mes de agosto de 2015. Así desfilan ante el lector la Marca Hispánica (o extremo sur del imperio carolingio en los siglos IX y X en las tierras que serán la Catalunya Vella), la aparición de Cataluña

Historia mínima de Cataluña

Jordi Canal
Turner
Madrid, 2015
298 páginas
14,90 euros

en el siglo XII), la conquista de Mallorca y Valencia (siglo XIII), la expansión por el Mediterráneo (siglos XIII y XIV), la crisis bajomedieval (siglo XV), la unión dinástica de la Corona de Aragón con Castilla (fines del siglo XV), la inserción de la Corona

de Aragón en la “monarquía compuesta” de los Austrias y de los Borbones (siglos XVI-XVIII), la convivencia en el seno del Estado-nación de España (siglo XIX), la proclamación de un “Estado autónomo dentro de la República española” (1931), la Guerra Civil (con sus secuelas: derrota, exilio, sometimiento, represión), la resistencia antifranquista (con el PSUC, el partido de los comunistas catalanes, como “principal referente opositor”), la restauración de la Generalitat (1977) y la sucesión de Gobiernos autónomos hasta nuestros propios días, en que hay abierto un proceso independentista que busca su referendo en las próximas elecciones.

Dentro de esta narrativa lineal, el autor no rehúye ninguna cuestión polémica, sino que abre ventanas al tratamiento de temáticas específicas, como puede ser la utilización de los signos de identidad: el himno de *Els segadors* (incorporado por el Orfeo Català en 1892) la *senyera* (ya presente en el *Cant de la senyera* de 1896), la Diada del 11 de septiembre y sus diferentes lecturas, el Barça (y su carga simbólica de ser “más que un club”) o incluso la *nova cançó* y su contribución a la difusión de la *maltractada* lengua catalana.

Especial interés presentan la discusión del sentido de la unión dinástica de los Reyes Católicos, de las motivaciones del Corpus de Sang de 1640 o de la Guerra



El presidente de la Generalitat Francesc Macià proclama la República Catalana en 1931.

de Sucesión con su secuela de sustitución de un sistema político tradicional por un absolutismo centralista, pero que conllevaba al mismo tiempo los beneficios de un reformismo ilustrado que permitió (o propició) el gran crecimiento económico

del siglo XVIII (ya estudiado magistralmente por Pierre Vilar): agricultura intensiva, auge de la industria, expansión de los intercambios, aprovechamiento de las oportunidades americanas (nunca vedadas por cierto a Cataluña).

A finales del siglo XIX y principios del XX se produce un salto cualitativo en la evolución de la conciencia nacional catalana o, incluso más apropiadamente, aparece la idea de Cataluña como una nación enfrentada a un “Estado español artificial y prescindible”. El autor señala cuatro elementos fundamentales: una coyuntura favorable, el descontento con la construcción del Estado-nación español, la existencia de una élite dirigente y la presencia de unas “tradiciones, conciencias, realidades, experiencias y señas de identidad”, elementos todos ellos que habían sido presentes de manifiesto por la corriente de la Renaixença y su valoración de la lengua y de la historia de Cataluña.

Es esta realidad la que hoy día no puede soslayarse ni minusvalorarse. Pese a que Cataluña es una sociedad mestiza (donde se lee por igual a Montserrat Roig y a Manolo Vázquez Montalbán y donde Lluís Llach convive con Miguel Poveda), no menos cierto es que existe un profundo sentido de identidad diferenciada. De ahí que, como concluye Jordi Canal, el proceso independentista no pueda ser despachado simplemente (aunque ambos datos sean ciertos) enfrentando los errores del Gobierno catalán (que ha disimulado con el rearme nacionalista su política de recortes y de corruptelas) a la parálisis y el cerrilismo del Gobierno español del Partido Popular. Sin duda habrá que buscar (y pronto) una solución verdaderamente imaginativa. •

Bosnia, viajes al país de las fosas

Tochman relata la posguerra a través de la antropóloga que desenterró 2.000 cadáveres; Armada recupera crónicas del conflicto que, 20 años después, sobrevuela la conciencia europea

Por Guillermo Altares

ESTE OTOÑO SE CUMPLEN 20 años del final de la guerra de Bosnia con la firma de los acuerdos de Dayton. La comunidad internacional sólo intervino militarmente contra los serbios y forzó la firma de aquel pacto porque, unos meses antes, en el verano de 1995, las tropas al mando del general Mladic asesinaron a 8.000 varones musulmanes en Srebrenica, la peor masacre en Europa desde la II Guerra Mundial. Dos décadas después, Bosnia-Herzegovina es un país roto, sometido a constantes tensiones, que ha vivido varios estallidos populares desatados por el desastre económico que padece. La UE es un sueño lejano, la posibilidad de reconciliación se ha olvidado entre el paro y el dolor. Bosnia es también un país lleno de fosas, de desaparecidos. Dos libros sobre aquel conflicto acaban de ser publicados en España. *Como si masticaras piedras. Sobreviviendo al pasado en Bosnia*, de W. L. Tochman, y *Sarajevo*, de Alfonso Armada (con fotografías de Gervasio Sánchez), en una muestra más

de que se trata de un conflicto que sigue sobrevolando la conciencia europea, porque la pregunta clave sigue sin respuesta: ¿cómo pudo volver a ocurrir algo así al final del siglo XX?

Cualquier periodista que haya viajado a los Balcanes en la posguerra se ha topado con antropólogos forenses. Su labor es esencial porque son los únicos que, al final, pueden dar una respuesta definitiva a las familias, cerrar el drama de aquellos que llevan a veces décadas buscando a sus familiares engullidos por la guerra. Recuerdo a un forense peruano llamado José Pablo Baraybar, con experiencia en Haití, Argentina, Perú, Guatemala, Ruanda, Croacia, Bosnia y Congo, que explicaba en Kosovo cómo todas las historias de desaparecidos en conflictos se parecían: “Siempre hay mujeres solas que buscan”. El libro de Tochman (Cracovia, 1969), un periodista de *Gazeta Wyborcza*, pero, sobre todo, de la escuela de reporteros de Kapuscinski, relata la historia de Ewa Klonowski, una antropóloga polaca que trabaja en Bosnia, que ha desenterrado



Como si masticaras piedras
W. L. Tochman
Libros del K.O.
Madrid, 2015
158 páginas
16,90 euros



Sarajevo
Alfonso Armada
Malpaso
Barcelona, 2015
204 páginas
17,50 euros

2.000 cuerpos. A través de esta extraordinaria mujer, Tochman hace un relato de la posguerra, del dolor que nunca se apaga, de las mujeres que buscan entre las fosas, de las enormes dificultades a las que se enfrenta el trabajo forense —en muchos casos, los ultranacionalistas serbios desenterraron los cuerpos y volvieron a inhumarlos en otros lugares para tratar de burlar la justicia internacional, lo que hace que el mismo cadáver pueda estar repartido en diferentes fosas—.

Alfonso Armada, que cubrió para EL PAÍS este y otros conflictos, recupera en este libro sus crónicas y diarios personales de la contienda. El hecho de que sigan vigentes 20 años después demuestra que lo ocurrido entonces es todavía imprescindible para entender los peligros que acechan sobre un continente en el que los nacionalismos y los extremismos nunca acaban de estar totalmente controlados (basta con ver los resultados de Aurora Dorada en Grecia). El libro se completa con un viaje a Bosnia en la actualidad, a Srebrenica, en el aniversario de la matanza, cuando cada mes de julio se produce un entierro de las víctimas sacadas de las fosas el año anterior. “Los ataúdes de los 409 identificados este año no son ni grandes ni pesados. A veces tan solo un puñado de huesos. Lo que queda de un hombre”, escribe Armada. También podríamos decir lo que queda de un país, esos huesos que nos recuerdan los demonios malditos de Europa. •